EL NIÑO DEL BOSQUE Y SU PERRO PILOTO

EL NIÑO DEL BOSQUE

VIVÍA en otro tiempo, cerca de un inmenso bosque, un leñador llamado Rogelio Sánchez, con sus siete hijos.

No puedo decir los nombres de los seis mayores, pero el menor, que nació algunos años después que sus hermanos, se llamaba Guillermo.

La esposa del leñador murió, siendo Guillermo muy pequeño; así que el cuidado de los chicos quedó a cargo de su padre, que era un hombre muy industrioso, y que ganaba lo suficiente para vivir sin aprieto, cortando leña del bosque, haciendo haces con ella y llevándolos sobre jumentos a una pequeña ciudad que había a bastante distancia, y con el dinero que le valían compraba todas las cosas necesarias para él y su familia.

Hacía trabajar también a sus hijos, y como eran muchachos fuertes y robustos, los mayores pronto llegaron a hacer casi tanto como su padre: así que las ganancias eran abundantes, y podían haber sido muy felices, a no haber falta-

do una cosa, sin la cual ninguna familia puede tener felicidad.

El leñador eran tan indiferente respecto a Dios, que no se cuidaba de enseñar a sus hijos a adorarle; y esto era tanto más malo cuanto que su madre, siendo él niño, le había enseñado la Palabra de Dios y el temor del Señor.

Pero el leñador no pensaba ni en su Salvador ni en las instrucciones de su madre, hasta que Dios le trajo a la reflexión por medio de un terrible accidente. Un día, hallándose él y sus hijos cortando un árbol en el bosque, sucedió que el árbol cayó sobre él, dejándole tan lastimosamente magullado que nunca más pudo trabajar. Esta desgracia trajo consigo una enfermedad que por grados le llevaba al sepulcro.

Mas cuando la muerte se acercaba, su cuerpo padecía mucho dolor, y su mente estaba llena de amargos pensamientos. Todos los pecados de su vida pasada acudían a su imaginación, por permisión de Dios, y especialmente el abandono en que había dejado a su madre, que era viuda, y de la que se había separado hacía muchos años. Así que, ahora comenzó a recordar a sus hijos sus obligaciones hacia Dios, hablándoles frecuentemente de su Salvador y de la vida futura.

No se pasaba un día sin que el pobre y moribundo leñador rogase a sus hijos que se convirtiesen a Dios; mas estos se burlaban de él y no querían escucharle. El ya no podía trabajar ni proveerlos de lo que ellos necesitaban; así es que

siguieron su interés y voluntad, casi sin procurar comida y ropa para su enfermo padre. Solamente uno de sus hijos tenía compasión de él, y le asistía y escuchaba sus consejos. Este era Guillermo, el menor de sus hijos, que acababa de cumplir cinco años cuando el árbol cayó sobre su padre, y por tanto su corazón no estaba endurecido como estaban los de sus hermanos.

Padres y madres, guiad siempre vuestros hijos al amor de Dios, cuando aún son pequeños y cuando sus corazones son tiernos. Y vosotros, pequeños, entregaos a Dios antes que seáis endurecidos y malos como aquellos hermanos.

Guillermo era ahora el único consuelo que su pobre padre tenía en este mundo. Cuando el leñador estaba tendido en su cama, Guillermo se sentaba a su lado y le velaba, y siempre estaba dispuesto a llevarle todo lo que necesitaba; y cuando se arrastraba al bosque, como algunas veces hacía para tomar el aire, Guillermo le seguía; y cuando se sentaba, su pequeño también se sentaba a su lado; y cuando se arrodillaba para orar, Guillermo se arrodillaba también y oraba con él como mejor podía.

Un día, en que los hijos mayores del leñador habían salido para robar ciervos, el leñador y su hijo se quedaron solitos con *Piloto,* un perro de Guillermo, echado a sus pies. Estando así solos, el leñador habló a su hijo de la siguiente manera:

—¡Oh, hijo mío! ¡mi único consuelo! ¡cuán malo he sido cuando tus hermanos eran peque-

ños como tú, que no procuré llevarlos a Dios! Pero esa oportunidad ha pasado, y ahora nada puedo hacer por ellos. Ellos no quieren escucharme, se vuelven contra su padre moribundo, y yo merezco este trato de sus manos.

—Padre, ¿por qué dice usted que lo merece?—dijo Guillermo.

—¡Ah! por muchas razones, hijo mío. Yo fuí un hijo desobediente; y por esta causa, aunque no hubiera ninguna otra, merezco tener hijos desobedientes. Mi madre era viuda y amaba a Dios. Su casa estaba en este bosque, pero a tres o cuatro jornadas de este sitio. Yo era su único hijo. Ella me crió con muchísimo cariño; desde pequeño me enseñó la Palabra de Dios; pero crecí, me hice más amante de los placeres que de Dios; así que me escapé del lado de mi madre, y desde entonces no he sabido más de ella.

—¿Vive aún?—preguntó Guillermo.

—¡Oh, hijo, no lo sé!—repuso el leñador—pero viva o muerta, ya no la volveré a ver en este mundo. Solo desearía que ella conociese cuán grande es mi arrepentimiento, y que al fin he acudido a los méritos de un misericordioso Redentor como mi única esperanza para ser salvado del castigo eterno. ¡Mas ay! ¡mis hijos! ¡mis hijos! Ruego por mis hijos con la amargura en el alma, porque primero he sido un hijo perverso y después he sido un padre malvado. No cuidé de enseñar a mis hijos la Palabra de Dios y ahora me

desprecian, volviendo el oído sordo a mis instrucciones.

—Pero—dijo Guillermo—acaso el Señor Jesús cambie sus corazones aún. Oremos por ellos.

—¡Sí, hijo mío! ¡mi consuelo! ¡mi delicia!—dijo el leñador—oraremos por ellos. Cada día, mientras viva, oraremos por ellos. Esto es ahora lo único que puedo hacer por ellos.

Así Guillermo y su padre, confiando en la misericordia del Señor, oraban fervorosamente para que Dios cambiase los corazones de los jóvenes.

El leñador no vivió muchos días después de esta conversación con su hijo menor. A los pocos días tuvo que guardar cama, de la que no volvió a levantarse. Guillermo estaba ahora más solícito que nunca, no dejándole solo más que cuando iba a traerle agua, y aquellas cosas que su padre

le pedía. Guillermo se sentaba a la cabecera de su padre, y Piloto se echaba a sus pies, y siempre que oía al leñador levantar la voz en oración, Guillermo oraba con él.

En la mañana del día en que murió, dijo a su hijo que estaba cierto de que sus oraciones habían sido oídas, y que sus pecados eran perdonados mediante el amor de su Salvador. Oró luego con fervor por sus hijos mayores, y después de besar repetidas veces a Guillermito, le encareció que se acordarse de su Salvador en los días de su juventud.

Al anochecer llegaron los demás hermanos, trayendo consigo un ciervo que habían matado, y un tonelito de ron que compraron a unos viajeros; y en un gran fuego asaron parte de la carne del venado, y abrieron su tonel de ron. Ningún caso hicieron de su padre moribundo, aunque no pudieron dejar de saber el estado en que se hallaba. Con todo, invitaron a Guillermo a comer con ellos; pero este hijo cariñoso no quiso dejar a su padre. Siguió sentado al lado del enfermo hasta que ya le rindió el sueño, y entonces, echándose junto a él, se quedó dormido.

Cuando se despertó por la mañana, encontró a su padre muerto ya, y a sus hermanos durmiendo sobre el suelo, en diferentes sitios de la cabaña. Besó a su padre, y se quedó llorando junto al cadáver hasta que despertasen sus hermanos.

Los jóvenes enterraron a su padre al siguiente día de su muerte, en un oscuro rincón del bosque, no muy lejos de la cabaña, y una vez cegada la sepultura y cubierta de césped, volvieron a la cabaña, dejando a Guillermo y a Piloto sentados cerca de la sepultura.

Llegados a la cabaña, los jóvenes se sentaron a regalarse con el resto del venado y del ron, comenzando a tramar mal contra su hermanito, porque sus maneras no eran conforme a las maneras de ellos.

—No puede permanecer con nosotros—dijo uno—; porque si matamos ciervos del rey, podía muy bien denunciarnos.

—Tampoco podemos matarle—dijo otro—no vaya su sangre a levantarse contra nosotros.

—Llevémosle tres jornadas al interior del bosque—interpuso un tercero—y le abandonaremos allí; así jamás podrá volver para contar cuentos de sus hermanos.

—Bueno, pero hemos de dejar aquí bien atado a Piloto—dijo el cuarto—porque si no, nos dará mucho que hacer. No habrá medio de separarle del chico.

—Mañana—dijo el quinto hermano—saldremos temprano. Iremos con uno de los asnos para conducirle, y le llevaremos durante tres días al fondo del bosque.

—Pero tenemos que ocultar nuestro propósito al chico—dijo el sexto—para que no nos moleste con sus lloriqueos.

Así estos malvados arreglaron su horrible plan; se levantaron temprano la mañana siguiente, y

prepararon un robusto asno, sacaron a su hermanito de la cama, y habiéndole ayudado a vestirse, le sentaron sobre el pollino.

—¿A dónde vamos?—preguntó Guillermo sin recelar ninguna maldad.

—Vamos—respondió el mayor—tres jornadas en el bosque, a cazar, y tú vas con nosotros.

—¡Qué! ¿A cazar los ciervos del rey?—dijo Guillermo.

Los hermanos no respondieron, pero se quedaron mirándose los unos a los otros.

Piloto estaba dispuesto a seguir al jumento, y lo demostraba saltando a su alrededor y meneando la cola para demostrar que tenía prisa; pero uno de los hermanos se acercó con una cuerda, que ató alrededor del cuello del animal y lo arrastó hasta la cabaña.

—¿No puede Piloto ir con nosotros?—dijo Guillermo.

—No—respondió el mayor.

—Pero sí hemos de estar fuera varios días, ¿le dejaréis qué comer?—añadió.

—¿Quieres callarte, chico?—respondió el mayor—ya cuidaremos a Piloto.

Piloto quedó, pues, atado en la cabaña, y estando todos dispuestos, emprendieron el camino.

Primeramente siguieron una senda donde los árboles eran tantos, que casi excluían la luz del cielo; después subieron una cuesta, torciendo a la derecha unas veces, y otras a la izquierda. Así siguieron con toda prisa, con la rapidez que

podía trotar el asno, prosiguiendo su camino hasta medio día; entonces se detuvieron bajo una grande encina para dar algún alimento al asno y también para tomar ellos un refrigerio que habían traído en sus mochilas de cuero.

Después de descansar durante una hora, volvieron a emprender la marcha hasta anochecido

en que llegaron a una cueva, cerca de la cual brotaba un manantial de agua. A la entrada de esta cueva encendieron una hoguera por temor de que se acercasen los animales silvestres, y habiendo comido su cena, se echaron a dormir.

Al día siguiente continuaron su caminata entre las frondosidades del bosque, donde vieron muchos ciervos, que los miraban entre el follaje, huyendo después. La segunda noche durmieron en una pradera que hallaron en uno de los claros del bosque, pero uno de los hermanos tuvo que velar toda la noche, para mantener ardiendo la hoguera que tuvieron que encender por miedo de que se acercasen los lobos, que estuvieron aullando a su alrededor toda la noche.

A la mañana siguiente emprendieron su último día de viaje. El asno estaba ya rendido de cansancio; pero esto no era obstáculo para estos jóvenes empedernidos. Trataron sin misericordia a la pobre bestia, tomando poco descanso, hasta que llegaron al anochecer a un sitio donde confluían cuatro caminos. Aquí hicieron alto, y una vez encendida la hoguera, se sentaron a comer y a beber.

—Llevamos tres días de viaje—dijo Guillermo. —¿Hemos llegado ya al final?

—¿Te parece que estamos ya bastante lejos?—preguntó riendo el mayor.

—Yo no sé para qué hemos venido—contestó Guillermo.

—Para robar los ciervos del rey—respondió el joven.

—Pero si hay ciervos mucho más cerca de nuestra cabaña, ¿a qué venir tan lejos?

—No tardarás mucho en saberlo—fué la única respuesta que le dieron.

Una vez terminada la cena, todos se echaron a dormir, y cada uno sin orar, exceptuando a Guillermo, quien, aunque muy cansado, cayó sobre sus rodillas, y uniendo las manos como su pobre padre le había enseñado, clamó a Dios en el nombre de su Redentor para que le cuidase. «Mi padre ha muerto—dijo él para sí—, y mis hermanos me hablan con rudeza. No tengo en el mundo ningún amigo que se cuide de mí. ¡Oh, Dios mío! cuídame tú por el amor de mi querido Salvador.»

Cuando terminó esta oración, se echó al lado del asno, y ya se quedaba dormido, cuando creyó oir estas palabras: *Yo cuidaré de ti, no tengas miedo*. A esto levantó la cabeza y miró alrededor para descubir al que había hablado, pero sus hermanos estaban durmiendo, excepto el que velaba junto a la lumbre, y éste estaba quieto con los codos sobre las rodillas. Entonces el muchacho creyó que estas palabras habían sido puestas en su imaginación por su Padre Celestial; así que, se sintió consolado, y otra vez se echó a dormir.

Como Guillermo estaba cansado, durmió tan profundamente, que no oyó moverse a sus hermanos; porque estos perversos, siguiendo su horrible proyecto, se levantaron antes de rayar el día, y llevándose al asno, se marcharon silencio-

samente hacia su cabaña, dejando al pobre muchacho dormido sobre la hierba.

Este, como no había sido molestado, continuó durmiendo hasta que le quemaba el sol, cuyos rayos entraban y caían de lleno sobre él por entre las ramas de los árboles. Dos cornejas que había en una rama encima de su cabeza, le despertaron por fin, y entonces, sentándose, miró a su alrededor. La hierba sobre la cual había dormido, estaba matizada con muchas y hermosas flores; allí estaba la violéta, la anémona silvestre y la alverjana multicolor; diferentes clases de pájaros saltaban cantando por entre los árboles. Era una hermosa mañana, y casi no se movían las hojas de los árboles, tan poco aire hacía.

Al pronto Guillermo no pudo recordar dónde se hallaba, ni cómo pudo llegar a este lugar; pero cuando se apercibió que sus compañeros se habían marchado, y que estaba completamente solo, comenzó a llorar amargamente y a llamar a sus hermanos; mas su voz resonaba en el bosque, pero ninguna respuesta venía. Sus hermanos estaban ya a algunas leguas de distancia de donde él se hallaba.

—¡Oh, hermanos míos! ¡mis crueles hermanos!—gimió Guillermo—¿trajéronme aquí para abandonarme en este sitio? ¡Oh, padre mío! ¡mi pobre padre! Si ahora pudieses ver a tu hijito, ¡cuán afligido estarías! Pero ahora eres feliz, porque estarás con Dios. Pero ya que no me puedes ver, Dios puede verme, y Él me cuidará. Si las

bestias salvajes han de comer mi cuerpo, mi alma irá al cielo. Mi Salvador tendrá compasión de mí. Yo soy un niño pecador, pero mi Salvador vino para morir por los pecadores.

Entonces Guillermito hizo lo que debían hacer todos los niños cuando están afligidos; se arrodilló y oró pidiendo la ayuda de Dios.

Después que terminó su oración, creyó que debía procurar seguir a sus hermanos, mas luego recordó que le era imposible, porque de allí par-

tían cuatro caminos y no podía juzgar por cuál de ellos se habían marchado. Miró a ver si había huellas recientes en alguno de los caminos; pero no pudo hallar ninguna. En vista de esto volvió otra vez al sitio donde había dormido, y sentándose sobre la hierba lloró con amargura. Pero sus labios no profirieron ni una sola palabra de queja; solamente de tiempo en tiempo, pedía la ayuda del cielo con gran fervor.

A veces acudía a su imaginación el pensar que sus hermanos sólo habrían ido a cazar, y que volverían a la tarde; y esto hacía que él no quisiese moverse del sitio en que le habían dejado.

Al medio día, sintiéndose con hambre y sed, buscó entre la hierba algunas migajas de pan o de carne que sus hermanos pudieran haber dejado, y habiendo hallado algunas, comió agradecido, hallando también una pequeña corriente o manantial de agua, de la que bebió, saciando así su sed.

De esta manera Dios le procuró una comida en el desierto, y por ello el pobrecito Guillermo estaba muy agradecido, y su confianza en Dios fué mayor por esta bondad.

Mis queridos niños, cuando el Señor os envía bendiciones, por pequeñas que sean, sed agradecidos; porque Dios ama a los de agradecida disposición. Es muestra de poseer un espíritu humilde, y Dios ama mucho a los humildes, porque está escrito en la Biblia que *Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.*

A medida que se aproximaba la noche, el bosque tornábase más y más oscuro. Los pájaros cesaron de cantar, y fueron a descansar a sus nidos o sobre las ramas de los árboles; los grillos cantaban entre las hojas secas, y grandes murciélagos comenzaron a volar, batiendo sus pesadas alas entre las ramas encima de su cabeza. Guillermito púsose a pensar cómo pasaría la noche, y dónde podría refugiarse para estar fuera del alcance de las fieras, porque había abandonado toda idea y esperanza de la vuelta de sus hermanos. Miró por todos lados buscando un árbol al que pudiese trepar, pues no podía subir a los árboles altos, porque era muy pequeño. Después de algún tiempo encontró uno, al cual logró subir y afirmarse, porque creyó que no podría estar despierto toda la noche, a pesar de que no quería dormirse por temor de caerse.

Al poco rato de esto, la noche oscureció mucho, y se levantó un fuerte viento que silbaba horriblemente por entre las ramas de los árboles; pero lo que era peor que el aire, era el aullido distante de un lobo, lo que le hizo latir su corazón precipitadamente y comenzó a temblar de los pies a la cabeza. Su temor, sin embargo, produjo el verdadero efecto; no le hizo llorar sino que le excitó a la oración. Pidió a su Padre Celestial, que estuviese con él en la hora de su aflicción, y su oración fué hecha como las anteriores, en nombre de su Salvador, al que su padre, el pobre leñador, en los últimos meses de su vida, había puesto tanto cuidado para guiar su corazoncito.

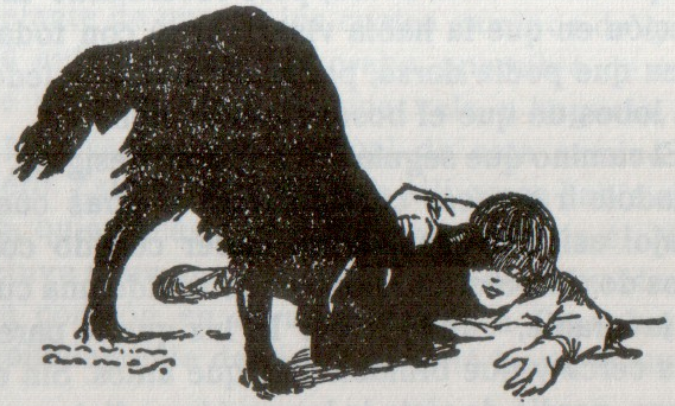
El árbol en que Guillermo se había subido estaba delante de uno de los cuatro caminos de que hablé antes, y mientras oraba, apercibió de repente una luz, como de una vela u hoguera, y que parecía hallarse al final de este camino o sendero. Esto significaba que allí cerca había alguien, quien acaso tendría compasión de él. No se detuvo ni un momento más, sino que levantando su corazón en agradecimiento a Dios, bajó precipitadamente del árbol y corrió hacia el sitio

en que había visto la luz, pero recordando la dirección en que la había visto, corrió con toda la prisa que podía darse, por tener mucho miedo a los lobos de que el bosque estaba lleno.

El camino que seguía era bastante desigual, haciéndole ir a veces cuesta arriba y otras cuesta abajo: así que después de haber corrido como unos dos kilómetros, y habiendo subido una cuesta favorable, volvió a ver la luz que le parecía más cerca y que brillaba más que antes. Sin embargo, perdió de vista la luz casi inmediatamente, porque el camino descendía a un profundo valle.

Mientras corría hacia este valle, desaparecieron algunas nubes y pudo ver la luna, no luna llena, sino creciente, que parecía un hermoso arco de plata, elevándose por cima del bosque, y con su plácida luz pudo ver que una corriente de agua cruzaba el valle a través: esto le llenó de terror, no sabiendo qué profundidad ni qué anchura podía tener, ni cómo podría atravesarlo. Pero él continuó corriendo por el mismo camino hasta que sus pies comenzaron a dolerle lastimosamente.

Aquí pasó un terrible susto, porque según corría oyó pasos detrás de él semejantes al correr de una fiera, y un respirar que él supuso sería el de un lobo. Más y más cerca lo sentía, hasta que por fin, el pobre Guillermo, aterrado, no podía correr más, y se cayó todo lo largo que era en el suelo, esperando ser despedazado de un momento a otro. Empero el animal se acercó, y en lugar de moderle o de hacerle daño, comenzó a lamerle



y a ladrar de alegría, por lo que Guillermo reconoció a su fiel Piloto que había roto la cuerda que le sujetaba, y había atravesado todo el bosque en busca de su pequeño amo.

¡Oh, qué alegría sintió el muchacho, cuando vió que, en vez de un enemigo, era el único amigo que tenía sobre la tierra! ¡Era su querido Piloto! Prontamente se levantó y abrazó al perro, en tanto que éste saltaba y brincaba a su alrededor, para demostrar su alegría.

Por fin, Guillermo recordó que se hallaba aún en el bosque, en sitio muy peligroso; así que otra vez echó a correr, con toda la prisa que podía hasta que llegó al arroyo de que antes hice mención. Allí quedó parado, no sabiendo la profundidad que podía tener, pero oyendo a alguna distancia el aullido de un lobo, se internó en la corriente y trató de atravesarla. De pronto le faltó terreno, y seguramente hubiera perecido ahogado, a faltarle su fiel Piloto, que le cogió, llevándole en seguridad a la orilla opuesta.

Guillermo sintió en su corazón gratitud hacia su valiente perro, y más aún hacia quien le envió tan buen amigo; mas como no había que perder tiempo, como pudo se sacudió el agua y comenzó a subir la pendiente seguido de cerca por Piloto. Las nubes volvieron otra vez a cubrir la luna, y todo quedó en la oscuridad. No obstante, Guillermo sintióse fortalecido con la presencia de un amigo de la calidad de Piloto.

Así continuaron hasta cerca de la cumbre, cuando Guillermo vió relucir en la oscuridad, no muy lejos de él, dos ojos de alguna terrible fiera, y oyó un gruñido semejante al del lobo; Piloto se adelantó y comenzó a ladrar furiosamente.

Por fin Guillermo vió los ojos moverse, y apercibió al animal arrojarse sobre Piloto. Por unos momentos hubo un espantoso ruido, y trabóse una horrible lucha entre el fiel perro y el lobo, porque era un lobo que estaba acechando presa desde la ladera del camino.

Resonaban por todo el bosque los gritos de los dos furiosos animales, y Guillermo no quería abandonar a Piloto; aunque imposibilitado de ayudarle, continuó sobre sus rodillas, levantando sus manos y sus ojos a Dios.

Durante algunos momentos terribles, Guillermo no sabía cual sería el vencedor, mas al fin el lobo tuvo que salir huyendo; y un instante después Piloto estaba al lado de su amo, y le tiraba de

la ropa como para persuadirle a que se alejase de allí.

Guillermo echó a correr entonces, y Piloto con él hasta que llegaron a la cumbre del monte, y entonces ¡oh qué hermosa vista! Descubrieron a unos cien pasos de distancia una cabaña en medio de un jardín; porque la luz de la ventana era tan fuerte, que pudieron ver distintamente la cancela y la verja del jardín.

Guillermo, ante esto, dió un grito de alegría y se lanzó a la carrera por la suave pendiente que conducía a la cancela, la que abrió en un momento y cerró en seguida que él y Piloto entraron, y empezó a llamar a la puerta de la casa. Era tanta su impaciencia y temor de ser seguido por otro lobo, que llamó tres veces sin dar tiempo a que pudiesen responder. Por fin oyó desde dentro la voz de una mujer preguntando:

—¿Quién está ahí?

—Un pobre niño que se perdió en el bosque—respondió Guillermo—y que hubiera sido comido por un lobo, si no le hubiera salvado su perro.

—Entra, pues, entra—dijo la vieja abriendo la puerta.—Entra, pobre niño; tú y tu perro seáis bien venidos.

Cuando se abrió la puerta, Guillermo vió a una viejecita cargada con el peso de los años, vestida con un traje sencillo de lana azul y con cofia blanca sobre la cabeza. El interior de su casa estaba tan aseado como ella misma. Ardía en el hogar un gran fuego, el mismo que había avista-

do el desdichado Guillermo en el bosque, y delante de él, había un sillón de brazos y un veladorcito de tres pies y encima una Biblia abierta (Guillermo no sabía entonces lo que era una Biblia, pero después vino a saberlo), y un gato pardo ya viejo, durmiendo junto al hogar. En un rincón de la habitación había una limpia y cómoda cama, y alrededor de las paredes muchos vasares llenos de fuentes de estaño muy brillantes o bruñidas.

—Entra, pobre niño errante—dijo la buena vieja—entra pues que la Providencia te trajo.

Después que él y Piloto entraron, cerró la puerta de la cabaña.

Cuando Guillermo vió la puerta cerrada y se encontró a salvo de los lobos, cayó sobre sus rodillas, y dió gracias a Dios por haberle librado de la muerte. Después, volviéndose a Piloto, exclamó: «¡Oh, mi querido Piloto, mi querido Piloto! dos veces me has salvado de la muerte; si no hubiera sido por ti, a estas horas estaría comido por los lobos.»

Mientras besaba en agradecimiento a Piloto, descubrió una herida en su lomo, hecha por el lobo, de la cual el fiel animal no había hecho caso hasta que vió fuera de peligro a su amo. Mas en cuanto Guillermo vió la herida, comenzó a llorar copiosamente, y rogó a la vieja que le diese algo para curar a su pobre perro.

—No llores, hijo mío—dijo la vieja—nada podemos hacer para curarle; él mismo se lamerá y

esto basta; pero voy a hacerle una blanda cama junto a la lumbre, y a darle algo de comer y beber, y en poco tiempo sanará.

Así fué; buscó la piel de un carnero que puso a un lado de la lumbre y apuntó a Piloto para que se echase sobre ella: luego entró en su despensa y sacó algunos pedacitos de carne, y puso delante de él una vasija con agua. El pobre perro tenía mucha hambre y sed, porque había estado

varios días sin alimento; así que comió y bebió, y después de lamerse la herida, se quedó dormido.

—Ahora, querido—dijo la vieja—, pues ya tienes a tu perro tranquilo, dime, ¿no tenías en el bosque más amigo que este perro?

—No—respondió el chico.

—Bien; entonces procura sosegarte, porque aquí estás seguro. Mañana me dirás quién eres y de dónde vienes; ahora voy a darte algo de comer, pero antes he de lavar tus cansados pies y secarte la ropa y luego irás a la cama.

Guillermo no pudo por menos de llorar, oyendo a la vieja hablarle tan cariñosamente.

—¿Por qué lloras muchacho?—preguntó ella.

—Lloro al pensar en la bondad de Dios para conmigo—respondió Guillermo—. Hace poco pensaba yo ser despedazado por las fieras, y ahora que he llegado aquí, usted me hace tan feliz.

—¡Pobre hijo mío!—dijo la vieja—si yo te puedo hacer feliz, feliz serás.

Y besó su húmeda mejilla.

Después puso sobre la lumbre un poco de leche con pan partido dentro, y mientras se calentaba, le quitó la ropa mojada, y habiéndole lavado para quitarle el polvo y el barro, le envolvió en una manta y le acostó en su cama, poniendo sus ropas a secar; luego le llevó las sopas y le dió de comer por sí misma.

—No puedo dormir sin dar primero gracias a Dios—dijo Guillermo—y sin besar a usted, por-

que es usted tan bondadosa conmigo como lo era mi querido padre.

—¿Y ahora no tienes padre?

—No—dijo Guillermo—porque ya murió. Tengo seis hermanos, pero ellos no me quieren, y después que murió mi padre, me trajeron tres jornadas en el interior del bosque, y anoche, mientras dormía, me abandonaron para que fuese comido por los lobos. Pero Dios tuvo compasión de mí y me ha traído a usted; así que ahora seré yo su hijo y la querré como a mi padre.

—Sí que serás mi hijo—dijo la vieja—y yo te amaré mucho; y juntos serviremos a Dios, porque debes amar mucho a Dios, viendo lo que él ha hecho por ti.

—Mi padre me enseñó a amar a Dios antes de morir—respondió Guillermo—, pero no pudo persuadir a mis hermanos a que le escuchasen cuando él quería enseñarles algo de Dios.

Entonces Guillermo contó a la vieja muchas cosas que habían pasado antes de la muerte de su padre; contó también lo que su padre le había dicho de su vida pasada, de cómo se había arrepentido de sus pecados, y que murió confiado en su Redentor.

Mientras Guillermo hablaba, la vieja comenzó a temblar, y se vió obligada a sentarse en la cama junto a la que había estado de pie, porque empezó a sospechar que el padre de Guillermito era su mismo hijo que había huído de ella hacía muchos años, y de quien desde entonces nunca

tuvo noticias. Durante algunos minutos no pudo hablar, pero después preguntó:

—Dime, ¿cómo se llamaba tu padre?

—Rogelio Sánchez—respondió Guillermo.

—¡Oh!—dijo la vieja juntando sus manos—es el mismo. ¡Rogelio Sánchez era hijo mío, mi único hijo! ¿Y murió arrepentido de sus pecados y confiando en su Salvador? Entonces mis oraciones han sido oídas. ¿Y eres tú su hijo? ¿mi propio

nieto? Has sido traído aquí por la divina Providencia para procurarte abrigo en la casa de tu propia abuela, para consuelo de ella en su avanzada edad.

Entonces abrazóle tiernamente y los dos lloraron de alegría.

—¡Realmente—dijo Guillermo cuando pudo hablar—este día es milagroso! Y los dos daremos gracias a Dios. ¿De modo que mis hermanos me han traído tan lejos para que pudiera hallar a mi abuelita? Ahora he de querer a Piloto más que nunca, porque jamás hubiera llegado hasta aquí, si él no me hubiese sacado del agua y luchado con aquel terrible lobo.

Como Guillermo estaba muy cansado, se durmió pronto, mas la abuela (cuyo henchido corazón apenas le permitía cerrar los ojos) pasó la mayor parte de la noche orando y dando gracias porque su hijo, que tantas horas de pesar le había dado, murió con fe; y porque su nietecito le había sido traído de una manera tan maravillosa. Además oró a Dios para que cambiase los corazones de sus demás nietos, que tan cruelmente habían tratado a su hermanito.

Guillermo continuó viviendo con su abuela hasta que se hizo hombre, y hacía cuanto podía por hacerla feliz. El cuidaba las cabras y las aves de corral; y trabajaba en el jardín; y ella a su vez le enseñó a leer la Biblia y a escribir. Cuidaron mucho a Piloto en vida, y cuando murió, Guillermo le enterró en el jardín.

Guillermo vivió muy feliz con su abuela, porque ésta le educaba en el temor de Dios, y mientras fué pequeño le reprendía siempre que era revoltoso. Muchas veces solía decirle:

—Amaba tan extremadamente a tu padre, que nunca le corregí, y así Dios me castigó a mí; pero a ti, querido nieto, he de amarte con amor más sabio, y no dejaré de corregirte cuando lo merezcas.

Al cabo de algunos años la piadosa anciana murió, dejando a Guillermo su casa y todo cuanto poseía; él la lloró y llevó luto por ella muchos meses. Mas al fin viendo que era muy melancólico vivir solo, escogió para sí una mujer temerosa de Dios, y Dios los bendijo con varios hijos que él crió en el camino de fe y santidad.

Cuando Guillermo tenía cuarenta años de edad, una hermosa tarde de verano, hallábase sentado a la puerta de su casa, rodeado de su mujer y de sus hijos, y su hija menor estaba leyendo un capítulo de la vieja Biblia que había pertenecido a la abuela, cuando seis hombres harapientos vinieron del lado del bosque. Estaban pálidos y parecían gastados de enfermedad y de hambre; sobre los hombros traían viejos sacos de cuero, que parecían estar vacíos; no llevaban ni zapatos ni medias y la ropa que traían estaba hecha girones. Se llegaron hasta la empalizada del jardín, y humildemente pidieron un pedazo de pan.

—Somos unos pobres miserables — dijeron ellos—; y muchos días los hemos pasado con

nueces y frutas silvestres que hemos cogido en el bosque; desde hace algunas noches no hemos descansado por miedo a los lobos.

—Debía compadecerme de vosotros—dijo Guillermo—porque siendo niño pasé todo un día y parte de la noche solo en aquel bosque, y hubiera sido comido por una de esas terribles fieras, si mi fiel perro (que está enterrado en este jardín) no hubiera luchado por mí, salvándome.

Mientras Guillermo hablaba, los hombres se miraron unos a otros.

—Pero parecéis cansados y con hambre—siguió Guillermo—; siéntense sobre la hierba, que en seguida les traeremos de comer.

La mujer de Guillermo corrió apresuradamente a la casa y preparó una gran cazuela de caldo, en la que echó algunas sopas de pan de trigo, y se lo dió a uno de sus hijos para que lo llevase a los hombres.

Aquellos pobres, desarrapados y medio muertos, recibieron agradecidos el caldo, y humillándose delante de Guillermo, pidieron que este les dejase dormir una noche en el corral de las cabras.—Porque—dijeron—hace muchas noches que no hemos dormido en lugar seguro, y estamos tan fatigados y desfallecidos de vigilar a los lobos.

—Tengo—respondió Guillermo—un pequeño granero, donde guardo el heno para mis cabras, allí podéis dormir si queréis y os daremos, además, mantas para cubriros. Entretanto, podéis sentaros y estar tranquilos.

Los hombres se mostraron sumamente agradecidos, Guillermo abrió la verja y ellos entraron en el jardín, y se sentaron a su lado sobre la verde hierba.

—¿De dónde vienen ustedes—preguntó Guillermo—y adónde se proponen ir mañana? Al parecer han hecho un largo viaje, y están en con-

dición bastante desesperada; alguno parece estar enfermo; parece que han sufrido ustedes mucho.

—Señor—respondió uno de ellos, que parecía ser el más viejo—; nosotros éramos leñadores que vivíamos en aquel bosque, a tres jornadas de aquí; pero algunos años ha caímos en el desagrado del rey y nuestra casa fué quemada, y nos quitaron todo lo que poseíamos, y nos metieron en la cárcel donde hemos estado muchos años, y donde arruinamos completamente nuestra salud, de modo que cuando nos pusieron en libertad, éramos incapaces para el trabajo, y no teniendo ningún amigo, hemos ido errantes de pueblo en pueblo, sufriendo todas las privaciones imaginables, y pasando días enteros sin comer.

—Me temo—contestó Guillermo—que cometerían ustedes algún crimen que ofendió al rey.

—Sí, señor—respondió uno—; éramos culpables de robar venados. No quiero engañarle; ahora queremos vivir honradamente y llevar mejor vida; pero en nuestra antigua vecindad nadie nos mira, y no podemos obtener dinero para comprar un hacha; si pudiéramos seguiríamos nuestro antiguo modo de vivir, y procuraríamos mantenernos, aunque estamos tan débiles que poco podremos hacer.

—Pero—dijo Guillermo, cuyo corazón empezó a compadecerse de estos pobres, e inclinarse mucho hacia ellos—¿pero no tienen ustedes parientes en su tierra? ¿son todos ustedes de una familia?

—No tenemos ningún pariente—respondió el viejo—; nosotros todos somos hermanos, hijos de un mismo padre. Nuestro padre era leñador, se llamaba Rogelio Sánchez.

—¿Y no tenían ustedes un hermanito?—preguntó Guillermo, levantándose y acercándose más a ellos.

Ellos se miraron unos a otros con terror y no sabían qué responder.

—Yo soy ese hermanito—dijo Guillermo—. Dios me libró de la muerte y me trajo a esta casa, donde hallé viva aún a mi abuela, que me ha servido de madre, y aquí he vivido en paz y en abundancia desde entonces. No temáis, hermanos míos, de buen grado os perdono, como espero que Dios me perdonará a mí. No me hicísteis mal ninguno, y ya que la Providencia os trajo aquí, yo os cuidaré y ayudaré.

Sus hermanos no pudieron responderle; pero cayeron a sus pies, derramando lágrimas de arrepentimiento.

Guillermo trató de levantarlos, pero no lo pudo conseguir; ellos no lo consintieron sin haber antes recibido su perdón.

Por fin Guillermo les persuadió a que se levantaran, y les aseguró que él los perdonaba libremente y de buena voluntad; encareciéndoles al mismo tiempo que recurriesen a Dios por el perdón, mediante su Hijo amado.

Los pobres se consolaron con la bondad de Guillermo; pero siempre que le miraban, y recor-

daban cómo le habían tratado, se llenaban una y otra vez de tristeza y de vergüenza.

El siguiente día, Guillermo y sus hijos comenzaron a edificar una cabaña para sus hermanos, cerca de la suya, y éstos ayudaron a la obra cuanto podían.

Cuando la cabaña fué terminada, Guillermo les proveyó de colchones para que durmieran y de pieles de carnero para cubrirse. Dióles cuchillos, cucharas, bancos de madera, platos de estaño y otros artículos de uso doméstico, y les proveyó de hachas, lo que les puso en condiciones de mantenerse con su trabajo.

Pero lo que era aún mejor que suplir sus necesídades corporales, se mostró infatigable para llevar sus almas a Dios. Todas las noches les leía en la Biblia de su abuela, y ellos no oyeron la lectura en balde, lamentando más cada día sus pecados, y confiando al fin en el perdón de Dios, mediante los méritos de su Salvador.

Guillermo y su esposa vivieron muchos años y tuvieron el placer de ver a los hijos de sus hijos crecer en el amor de Dios.

Y ahora mis queridos niños, quiero que aprendáis de esta historia a hacer de Dios vuestro amigo: *porque los benditos de él heredarán la tierra; y los malditos de él serán talados* (Salmo 37. 22).

175

CLIE. — LITERATURA EVANGELICA
Depósito legal: B-31328-1971
Responsable de la edición: Samuel Vila Ventura
Moragas y Barret, 113 - Tarrasa (Barcelona)
Edición 1971
Impreso en los talleres de VIMASA I. G.
Moragas y Barret, 115. - Tarrasa (Barcelona)
Printed in Spain